Salud, Trabajo y Productividad

Mensaje del Dr. Abraham Horwitz,
Director de la Oficina Sanitaria Panamericana,
con motivo del Día Mundial de la Salud,
7 de abril de 1969.

Con razón se ha señalado que los seres humanos son los protagonistas y únicos destinatarios de todo desarrollo y que si éste no está guiado a su bienestar no responde a los principios de orden ético, que son su fundamento, ni a una sana doctrina económica. No parece posible en el mundo de hoy diferir las inversiones en la capacidad humana—o "inversiones en los hombres" como se ha dado en llamarlas—en espera que las de carácter físico determinen el crecimiento sostenido del ingreso que las haga viables. Y no es posible, porque los habitantes de las Américas reclaman como un derecho inalienable la salud y la educación que les permitan realizarse, así como las oportunidades de trabajo que les permitan contribuir al bien común. De aquí la responsabilidad del poder político de crear las condiciones que satisfagan armónicamente los requerimientos de la economía y las necesidades sociales, la capitalización y el bienestar.

En estas circunstancias, *Salud, Trabajo y Productividad* aparecen como variables interdependientes, que son fin y medio del desarrollo. En conjunto, constituyen el tema del Día Mundial de la Salud de 1969, y una invitación a los Gobiernos a su análisis conceptual y práctico en términos de la realidad nacional y regional. Sin caer en disquisiciones teóricas, los pueblos están convencidos que no hay productividad sin salud, que no hay producción que alcance las metas fijadas con gran ausentismo por enfermedad. Es de observación frecuente que en los países tecnológicamente avanzados la productividad aumenta en proporción mucho más rápida que la que pueden explicar por sí solos los insumos de capital físico. A éstos hay que agregar la capacidad de una fuerza de trabajo, cuya calidad ha mejorado con las inversiones en salud y adiestramiento y cuyo rendimiento ha sido complementado en la medida en que puede ejercer su cometido en un ambiente menos adverso.

En nuestro Continente, tal vez con más celeridad que en otros del mundo, ha ocurrido en los últimos 20 años una migración desde el campo que ha dado origen a una urbanización desorganizada, deshumanizada, y simiente de inestabilidad social. Su expresión más conspicua son las poblaciones marginales de las grandes ciudades en las que la demanda es muy superior a los recursos, las que revelan un estado de cosas que no podrá remediarse sin darle a cada persona la oportunidad de llegar a ser lo que puede ser, vale decir, estar sano y activo, educarse y producir.

Pero este proceso de los centros urbanos no puede desconocer la situación del medio rural. De acuerdo con la información disponible, el 44% de la fuerza de trabajo corresponde a la agricultura. A fines del siglo, posiblemente 150 millones de habitantes obtendrán su sustento de la explotación de la tierra. Les asiste hoy y en el futuro igual derecho a la salud, a la educación y a participar en las corrientes de la economía. Debemos preocuparnos de la industrialización, de la urbanización y sus consecuencias pero, a la vez, modernizar la vida rural, lo que incluye elevar el nivel de salud de los pobladores. Este esfuerzo sostenido seguramente se traducirá en una mayor producción y bienestar y en una disminución de la intensidad de la migración hacia las ciudades. Reconocemos que son propósitos de muy largo plazo y que están y estarán en la política de los Gobiernos. Ello no obsta para acelerar su solución progresiva, a tono con las características que manifiestan los problemas respectivos en cada sociedad y en las Américas.

El proceso de industrialización está dando lugar a una contaminación incontrolada del aire, de la tierra y de las aguas, alterando el equilibrio de las especies y provocando efectos deletéreos, en grado diverso, para los habitantes. Por otra parte, las industrias se han ido creando sin atender siempre a las normas de la medicina ocupacional destinadas a evitar riesgos para los obreros que, a más de los casos de enfermedad y de muerte, contribuyen a una falange de incapacitados que pesan sobre la sociedad y a una disminución proporcional del rendimiento de la empresa. Más aún, las deficientes condiciones del ambiente físico y de la salud en general son también causa de ausentismo. Las cifras que se esgrimen con respecto a accidentes, mortalidad, ausentismo y pérdidas económicas, distan mucho de la realidad, porque corresponden a investigaciones que no siempre incluyen muestras significativas de la población. Son razones de orden humanitario y de buena economía, las que hacen recomendable aplicar las medidas que la experiencia ha mostrado reducen la incidencia de las enfermedades profesionales y de los accidentes de trabajo.

Todas las cuestiones de orden económico y social apuntan hacia una interdependencia que procede estimular y realizar, cualesquiera las dificultades. Por ello, *Salud, Trabajo y Productividad* son factores que se complementan entre sí en los programas destinados al bienestar individual y colectivo. Lo que ocurre en los seres humanos y en sus comunidades está empezando a delinearse en los países y en el Continente. Si el tema del Día Mundial de la Salud de 1969 contribuyera a reafirmar el desarrollo armónico, económico y social, que el tiempo actual ha hecho imperativo, no haríamos más que responder a una tradición histórica. No es disociación lo que nos conviene sino integración, sinónimo de cooperación, para el bien de los habitantes de las Américas.